

CULTURA DOMINICANA Y MEDIOS DE
COMUNICACION

MANUEL RUEDA

Cualquier trabajo que se refiera a la cultura deberá contar, de entrada, con algunos conceptos claros sobre lo que se entiende por cultura nacional, nacionalismo, mestizaje cultural, criollismo, colonialismo cultural, y con los no menos complejos de hibridación, transculturación y penetración cultural.

Aunque muchas veces algunos de estos conceptos son identificados y confundidos, lo cierto es que tomándolos por separado aportando diferenciaciones tan extremadas que tiene uno que andarse con cuidado para determinar fronteras, pasos de acceso y, sobre todo, para dejar de manifiesto aquellas zonas de parentesco y de interrelación.

Se habla mucho en estos días de cultura y muy en especial de cultura dominicana, haciéndose énfasis ya en uno u otro término, según se quiera apelar por turno a la educación o al patriotismo, al folklore (con todo lo que entraña de tradición y conocimiento popular) o a las ciencias sociales. Los extremos se tocan, las ideas son barajadas hasta lo genérico o abstracto; raza, cultura y nacionalidad se ponen a cocer en la misma olla hasta que el caldo espesa y se tiende la mesa donde los comensales deberán servirse por su propia cuenta.

Ponencia leída en el Seminario sobre "La Penetración Cultural".
INTEC, julio 1984.

Avidos, aunque casi impotentes, hemos venido a traer a este ban
quete unas cuantas migajas que apenas aportarán algo a la hora de reali
zar un recuento de lo tratado.

El término cultura constituye, en el mundo moderno, un fetichism
o similar al de la ideología. Con ellos se pretende establecer un dete
rminismo espiritual que condiciona al hombre hasta el extremo de enci
errarlo en una nomenclatura de clases y categorías.

Si bien es cierto que el hombre nace en un ragazo cultural e
ideológico que lo circunscribe en sus acciones e ideas, no lo es men
nos que desde su aparición en el mundo sensible ese hombre libra una
batalla, a veces cruenta, por su autodefinición como ser único, en libe
rtad para escoger sus propias opciones.

Entonces sería necesario pensar que la cultura es fluente, va
haciéndose en la medida en que crecemos, de la misma manera que la mora
l no está en el catecismo, ni los deberes del ciudadano en la cartill
a cívica, sino en la manera de enfrentarlos. Más que la ideología,
que sólo ha sido traída aquí como punto fugaz de referencia, la cultura
opera en un proceso de elecciones y culmina en una toma de concienci
a colectiva que no excluye las manifestaciones autonómicas.

La cultura, por tanto, además de ser un sedimento y de acapara
r la experiencia en sus fondos milenarios comunes, es también una
avalancha variable de caudales, premura de lo actual que imprime ritm
o y expresión al conjunto, andadura de cauces anchos o pequeños por
donde se conoce el paso de un período o de una época.

A veces hablamos de cultura cuando sólo percibimos los vaivene
s de la onda en la superficie; otras, creemos que cultura es el pedr
egal de los cauces muertos, a los que la tierra abandona a su suerte.
Separadas, las imágenes que rebotan en la superficie tanto como
las que se inmovilizan en el fondo, no funcionan en una totalidad de
espacio y tiempo propia del hecho cultural vivo, operante. Así, pues,
tomamos como guía una imagen básica de la cultura que es totalizadora
de la misma manera que individualizada, temporal e intemporal, sincrón
ica y diacrónica.

Si todo esto lo referimos a la dominicanidad nos encontramos
que las cosas se complican aún más o se simplifican de tal modo que sólo
entendemos lo uno en función de lo otro, cuando pueden darse casos
de disociación, o de interferencias, o de contradicciones bastante freue
cuentes entre ambos extremos.

En nuestros pueblos de América no siempre lo nacional ha sido
el resultado de una cultural. A veces, lo nacional ha podido cuajar

como potencial político, o simple fórmula de sobrevivencia en momentos determinados de nuestra Historia proclives a lo jurídico. Las revoluciones de las que hemos nacido como pueblos, se producen más bien como rupturas a ideologías o a cánones culturales, y sí, por ejemplo, lo nacional podría ser llamado con palabras de Octavio Paz la tradición de sucesivas rupturas, no por ello la tradición cultural tendría necesariamente que beneficiarse en la empresa.

Raza y nacionalidad se complementan sin tener que identificarse. Lo dominicano, como peculiaridad de un proceso, podrá o ser un ingrediente benéfico o ser nocivo, de acuerdo a los mecanismos que el concepto active o desarticule dentro de una concepción unitaria y, digámoslo de una vez, universal de cultura. Quedará entonces lo nacional cuestionado a la luz de esa universalidad, con lo que debemos detenernos a considerar, no ya un concepto, sino una realidad intrínseca.

Es claro que ser dominicano es algo más que estar inscrito en un registro. Ser dominicano (y aplíquese a cualquier país) es participar de una manera y un sentido de ser, de una responsabilidad referida a una herencia y unos deberes, así como a un ambiente dado. Ser dominicano podría ser también, a pesar y por encima de las ataduras geográficas, la capacidad para integrarse por afinidad natural a modos los más amplios de existencia.

El tema necesitaría más de una precisión. Si tomamos la idea de Fanon, quien dice que la cultura nacional es "el conjunto de los esfuerzos hechos por un pueblo en el plano del pensamiento para describir, justificar y cantar la acción a través de la cual el pueblo se ha constituido y mantenido"; si tomamos esta idea, repito, tendremos que la cultura tiene mucho que ver con la productividad y la economía como fuerzas estabilizadoras provenientes de una actividad intelectual. Y afectiva, agregaríamos.

O sea que la cultura es una suma de áreas previamente activadas que propende a la integración y que configura una idea y un sentimiento comunes a todo un pueblo. Dicho de otro modo: la cultura es un núcleo de virtudes y excelencias desde donde emana la energía que necesitan los pueblos para identificarse y para sobrevivir. Y el agregado de Fanon a sus primeros postulados es harto revelador. Dice: "la lucha organizada y consciente emprendida por un pueblo colonizado para establecer la soberanía de la nación, constituye la manifestación más plenamente cultural que existe".

De todo esto se desprende que el camino de los pueblos hacia su liberación está empedrado de dificultades, ya que hay que contar con los períodos de retroceso, con los albueros históricos y económicos, y con los malentendidos de la educación.

Tanto como el hambre, la ignorancia pervierte y corrompe las ideas nacionales. Creer que el folklore es siempre vehículo de cultura es tan errado como pensar que siempre lo es el libro o la letra impresa en general. Como las comunidades de las cuales procede, el folklore ha sido la historia anónima y oral de los estratos sociales desposeídos y, por ello, más expuestos a la destrucción. A través del folklore sabemos de esa historia secreta de la especie, así como de sus puntos fuertes o débiles. A través de esa cosecha alucinante encontramos sabiduría y encontramos belleza, claro está, pero quedamos en contacto con su fondo que no siempre nos habla de un mundo ético y espiritual, tal y como esperaríamos que fuese.

Los antropólogos saben esto muy bien; a la euforia del hallazgo, del valor insustituible, le siguen muchos desconsoles. Es preciso verter, sobre la décima, o la salve, o la adivinanza, o el cuento de camino, o simplemente sobre la materialidad de un objeto noble y sensitivo, lágrimas de auténtico dolor, porque tales maravillas son extraídas del fango, de la inercia y a veces de la corrupción; y si bien es verdad que nos hablan de virtudes acrisoladas, ellas conviven, sin resentirse, con la promiscuidad, con sentimientos e ideas frustratorios para la supervivencia nacional.

A mí, que he escrito tanto sobre el amor a nuestro hombre del campo y de las virtudes de nuestro folklore, deberá permitírseme como ahora lo hago, acercarme a sus defectos y miserias con la finalidad de conocer mejor lo que para algunos es esa especie de obligada antesala de la gloria: "lo dominicano" y "cultura dominicana".

Y aquí nos sale al encuentro uno de los conceptos que más han atentado contra la posibilidad de lograr una auténtica cultura dominicana. Me refiero a "criollo" y "criollismo", términos que luchan, aún hoy, por imponer, en una reactualizada concepción de dominicanidad, connotaciones que no pasan de ser sobrevivencias.

La dificultad estriba en que la palabra "criollo" se resiste a abandonar posiciones, se atrinchera en el patriotismo, en la nacionalidad y en otros imponentes respaldos semánticos para lograr cada vez nuevas victorias por medio de contenidos variables y contradictorios.

"Criollo" y "criollismo" están lejos de significar lo mismo. Marcio Veloz Maggiolo ha estudiado con detenimiento la evolución del término "criollo", aunque situándolo en períodos históricos del pasado, dándole carta de ciudadanía al vocablo en el siglo XVI durante las devastaciones de Osorio, y rastreándolo luego en épocas posteriores. En la segunda parte de su ensayo titulado "El criollo y sus luchas", Veloz Maggiolo nos ofrece brillantes definiciones del criollo y de lo criollo, definiciones que, como las épocas de donde provienen, pueden ser calificadas de historicistas. Cito:

El adjetivo "criollo" fue usado en América desde el mismo siglo XVI. Sus distintas acepciones en el tiempo revelan la característica de hibridación que señaló a partir del siglo XVII, y su variable acepción en todo el continente es muestra clara de que lo "criollo" no fue cosa fija, sino variable, porque pasó a nominar, ya a modo de sustantivo, la característica personalidad del hombre que, sufriendo violentas transculturaciones, creó un propio modo de vida, con especiales y características manifestaciones diferentes a las del europeo y a las del propio poblador aborigen. Criollo es mezcla de elementos culturales diversos en adaptación, en perenne intercambio y acomodación con la ecología circundante.

Como bien apunta Veloz Maggiolo al final de su trabajo, habría que estudiar a fondo la axiología criolla de los siglos XVII, XVIII y XIX. Esto se nos presenta como una necesidad, no sólo para conocer los avatares semánticos de la palabra, sino para sorprender ese mecanismo secreto que ha hecho del término "criollo", más que una dignidad, un accesorio. Y lo trágico no es que lo sea, sino que se lo confunda con lo esencial.

Si en el pasado fue la bandera que justificó todas las revoluciones, si fue grito anticolonialista por excelencia, lo criollo, en épocas recientes, ha representado una imagen de lo dominicano tan carente de vigor y amplitud como para impedirnos alcanzar la necesaria madurez.

Una vez superados los nacionalismos, cuyas consignas verbales como lo criollo, lo autóctono, lo vernáculo, enfrentan una pasividad geográfica con el hombre como parte del paisaje; una vez que el país fue sometido a requerimientos mayores y el arte superó el rótulo turístico, el encanto de la baratija, los deleites gastronómicos y las efusiones rítmicas del plexo solar, tuvimos necesidad de un confrontamiento con el exterior y para ello no se vio más remedio que partir de lo distintivo para sorprender el secreto de otras realidades.

El fenómeno se ha producido como necesidad de la supervivencia. El apego a fórmulas paralizadoras, unido a un acusado complejo de inferioridad, de la conciencia de ser un círculo territorial cerrado en sí mismo sobre cerebro y espíritu, agudizaron y al mismo tiempo precipitaron la revolución contra el neo-colonialismo de la palabra, cuyos contenidos han entrado en una etapa de explosividad. Los héroes del presente son el lingüista y el hombre cibernético. El artista, hoy más que nunca, tiende al signo, verbal o no, al que se aferra con más confianza que a la tierra que le dio nacimiento o a las creencias que lo acunaron.

Si aún parecen escandalosos los repudios al criollismo (aunque "criollo" mantiene categoría que trasciende las limitaciones de clase) una gran porción de nuestro pueblo reacciona, tal vez no en la medida deseada, contra las limitaciones de lo autóctono. Pero no nos llamemos a engaño; no se trata siquiera de la necesidad de una expresión libre o profunda, se trata de cambiar mercancía nuestra por artículos de segunda o tercera mano, traídos a comercio por los que imponen la moda.

Nos encontramos fluctuando entre el apego a un nacionalismo identificado a plenitud con las formas populares menores de expresión, y los exotismos, formas igualmente menores, que nos llegan de fuera. Lo malo es que el despojo que esa actualidad realiza en lo accesorio termina por reflejarse en lo esencial y por la brecha se van las fuerzas de resistencia de lo que realmente importa conservar.

Ante el peligro, los fariseos elevan sus protestas y emprenden campañas, igualmente nacionales, de estímulo a un folklore que desconocen y a un arte que desprecian, razón por la que los adalides de las rebeliones juveniles, sintiéndose presionados en sus prerrogativas, desechan un nacionalismo-criollismo que les gruñe con la severidad del padre a quien desean olvidar, y se entregan a fórmulas populistas de aturdimiento y drogadicción.

Mientras tanto, la educación elude las responsabilidades orquestando rigideces programáticas, desarrollando una pedagogía de concepciones románticas donde la escuela es el sucedáneo del Estado y donde aula y maestro se ejercitan en correctivos diarios inmediatos. El alumno, paralizado por necesidad frente a exámenes que son juicios sumarios, reacciona como el prisionero en una cárcel, con una resignación aparente que encubre todas las rebeldías y abarca todas las prohibiciones.

Los fundamentos de la dominicanidad se prostituyen así, en el forcejeo de los poderes y las demandas, sin que comprendamos que una nueva era nos ha caído encima, tan salvaje como la de las primitivas migraciones caribes, una nueva era que no es la de las canoas descendiendo desde la América del Sur hasta arribar al apetecido refugio de las islas, sino la era de las invasiones modernas a través de los medios de comunicación que el cientificismo ha puesto en las manos de los aventureros de cualquier región del globo.

¿Podremos resistir esta invasión diaria, ininterrumpida, aparentemente pacífica, alienante y destructora de los puntales donde descansan los pueblos, en nuestro caso de esa dominicanidad tan asediada desde afuera y desde adentro?

La civilización tiende hacia lo homogéneo, hacia el cliché y la

fórmula, hacia modos de existencia repetitivos que aseguren la mecanización de la conducta. En el choque ciclópico de las embestidas se tambalean los nacionalismos y se disponen a desaparecer. Casi podemos pensar que civilización y barbarie, tras un largo proceso diferenciador, han optado por identificarse, aliados contra las individualidades, contra héroe y anti-héroe por igual.

Lo terrible de esta guerra es que viene amparada por la ciencia, vale decir por un concepto decimonónico de progreso, cuyo poderío ha logrado proezas tales como la conquista del espacio exterior, prefiguración de un espacio interior que también se presta a ser conquistado. El drama dantesco es irreversible y los pequeños países, cruzados de brazos, sólo esperan el momento de la destrucción.

Es la hora en que los nacionalismos entran en una etapa de revisión y de reformulación que dé lugar a un nuevo concepto de nación y hasta de raza. El folklore, que ha vivido siempre rezagado en concepciones antropológicas inamovibles, ha empezado a moverse en un intento de folklorización a todos los niveles y tiempos, con la creación de lo que los norteamericanos han llamado "memorate", o sea la documentación viviente de la actualidad. A través de ese "memorate" se pretende captar la intimidad de los pequeños grupos, accionándola como mecanismo de defensa contra la inocuidad de la homogenización.

Por lo tanto, educar sería hoy descubrir, potenciar a través del auto examen las peculiaridades, fortalecer esos microorganismos a los que todavía no ha llegado la infección, para desencadenar todo un sistema de defensa desde el interior mismo del sujeto social, aprovechando las vías abiertas de ataque.

Oponerse a los medios de comunicación que nos invaden y que pertenecen ya a las conquistas de una civilización altamente tecnificada, carece de sentido. Como la libertad de opciones puede ser también una esclavitud, debemos aprender a usar esa libertad para librarnos de ella misma, o sea para rendirla con sus mismas armas.

Educación y dominicanidad deberán trabajar unidas para proyectarse adecuadamente en aras de la universalidad. El hombre necesita, tanto como regar cada día sus raíces, abrir su copa a los vientos que soplen de cualesquiera de los puntos cardinales. Por tanto, los medios de comunicación le servirán, al mismo tiempo que para adquirir técnicas adaptables a su defensa, de reaprovechamiento de las conquistas que realizan sus congéneres más allá del mar.

La mentalidad de isla ha dado paso a la mentalidad de continente, o a la más abierta de hombre universal. Mientras nos desangramos en una frontera de sombra y sangre, mientras ponemos la isla al revés,

la época reclama que la pongamos al derecho dándole la espalda a inútiles convencionalismos y rencores para que desde esa plataforma palpitante podamos otear el mundo del futuro.

Tomar lo mejor de aquí o de allá será la meta deseada. Si cerramos la compuerta de la comunicación -estéril intento- podría reducirse el peligro de contaminación, pero nos quedaríamos sin el aprendizaje de lo que más importa: ese lenguaje común por el que podemos comprendernos y amarnos a través de una distancia de lenguas y de razas.

Diferenciados e integrados: ese sería el lema de los nuevos tiempos. Dominar las conquistas ajenas hasta hacerlas rendir las propias conquistas, he ahí un principio de orden en el convulso mundo don de nacionalismo y dominicanidad serán apenas la línea sustentadora de la voz en el contrapunto de un coral que ya hemos empezado a entonar, pese a los prolongados silencios de espera.